

EL CABALLERO ANDANTE DE CRISTO. LOYOLA VISTO POR UNAMUNO

Luis Oraá, s.j.*

Varias veces oí repetir en las clases de literatura a Don Max Henríquez Ureña este consejo:

Si quieren leer una prosa perfecta, precisa, elegante, expresiva, donde no falta ni sobra nada, lean a Ortega y Gasset. Pero si quieren leer unas páginas que les hagan vibrar el sentimiento humano, lean a Unamuno.

Es mucha verdad esta doble afirmación. A Unamuno le desborda el corazón, atropella su estilo, porque late a impulsos de los deseos y problemas más fundamentales.

Por eso, Unamuno no puede leer el Quijote sin tener al lado papel y lápiz para anotar sus locos comentarios. Es quizá otro Sancho que acompaña al Quijote y le presta oídos y comenta con él, porque "en lo esforzado del propósito y no en lo puntual del conocimiento está el héroe".

Y al comentar *El Quijote*, brotan en Unamuno, como en conjuro, todos los hombres y mujeres que él ha admirado en la vida como Quijotes. Entre éstos, Unamuno destaca a Iñigo de Loyola, "aquel caballero de Cristo", y a Teresa de Ahumada "dama andante del amor", y a Juan de la Cruz que "en verso compendiará lo más íntimo de sus sentires".

* Maestría en Literatura Latinoamericana (Universidad de Puerto Rico). Trabaja en la Parroquia Domingo Savio, Los Guandules, Santo Domingo. Publicó *Hostos y la Literatura*. Santo Domingo: Premio Siboney, 1981.

Al final del siglo pasado, El Quijote volvió a galopar en los escritos de la llamada Generación del 98. Tenía que ser así, porque en los momentos cruciales, en las encrucijadas que deciden el porvenir oscuro y en tinieblas, los más aguerridos miran el horizonte por donde aparece siempre un Quijote a caballo de mil historias, con un corazón herido. Don Quijote sale de nuevo a buscar aventuras. En República Dominicana hay una frase quijotesca y real, hay que "salir a camino". Eso hacen todos los héroes de la historia.

Por otro lado, la obra El Quijote es fruto de madurez, de múltiples experiencias, de vivencias profundas, de años y desengaños, de triunfos y derrotas, de momentos de estrecheces en el cuerpo y en el espíritu. Y *la madurez se manifiesta sobre todo en el sentido del humor. Mientras no nace el humor, ese tomar la vida con sofrosine, con alegría y sonrisa, no hay madurez. La juventud sabe reír, alborotar, fiestar, pero no conoce aún el humor. Eso lo consigue con el correr de la vida, cuando hay confianza en sí mismo y se puede uno reír de sí mismo. Es la contrapartida de la amargura y la desilusión. Es el aceptar la realidad tal y como ella es.*

Cervantes escribió El Quijote contra la imaginación malsana de los libros de caballerías; pero no escribió sobre todo a favor de la utopía que nos lleva a enfrentar la vida. Cervantes escribió El Quijote contra el idealismo alienante, pero sobre todo a favor del idealismo que nos lleva a la acción, a la re-acción frente a una realidad corrupta e inmoral.

Don Quijote encierra el símbolo de la fe, porque busca realizar "el bien en la tierra", afirma Ramiro de Maeztu. La debilidad del Quijote, debilidad física, no le impide defender a los humildes, ni consolar a los pobres, ni luchar contra los poderosos, ni creer en los más sencillos. Su debilidad física e intelectual está más cerca del bien que la fuerza de los poderosos y la inteligencia de los sabios.

Don Quijote es el personaje necesario para los años decisivos de las crisis, porque, como dice Gerald Brenan, "genera en la mente de todo aquel que lo lee como debe ser leído, pensamientos y reflexiones nuevas".

Martín dice que Ortega y Gasset, el ensayista "espectador", escribe para los que Platón llama "amigos de mirar" "Meditaciones del Quijote". Azorín, el eterno caminante, de paso lento y mirada espaciosa, escribió "La ruta del Quijote".

Unamuno, en cambio, escribió "Vida de Don Quijote y Sancho". No lee por citar lo leído, sino más bien para encender y enriquecer el pensamiento.

Toda esta larga introducción es para disipar malentendidos y aclarar el significado del título de este artículo. Porque es fácil perturbar la imagen de Loyola con otra más de las imágenes falsas que andan rodando.

En la reflexión de Unamuno sobre El Quijote y Sancho, Don Miguel establece un paralelo entre el Caballero de la Triste Figura y "el verdadero caballero andante a lo divino", Iñigo de Loyola.

Alrededor de unas 30 citas de Unamuno nos dan pie para presentar la imagen de Loyola proyectada por su paisano y admirador. Más admirador de Iñigo, que de los jesuitas, continuadores de la obra de Loyola.

En este Centenario del nacimiento de Ignacio quiero rendirle un pequeño homenaje, sobresacando la visión de Unamuno, el rector de la Universidad de Salamanca y reconocido hombre del pensamiento en el primer cuarto del siglo, tan ensalzado y tan maltratado, terriblemente humano y españolamente vasco.

Cuando hace un siglo, celebraban el IV centenario del Descubrimiento de América, sonaron los atronadores versos de Rubén Darío, embajador de Nicaragua en España: "Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda..." Versos sonoros y vacíos. Unamuno andaba otra singladura. A sus 28 años captaba ya la gravedad del momento histórico y lo importuno de la celebración del centenario.

Así como la lectura de El Quijote, provocó el comentario sabroso y riquísimo de Unamuno, el libro de Unamuno provoca también en sí muchos comentarios. Por lo tanto, voy a unir la lectura de tres libros, sin mucha tramoya de citas. El libro de Unamuno, el texto de El Quijote y la biografía de San Ignacio que escribió el P. Rivadeneira, porque es la que maneja y cita Unamuno.

¿Cómo ve don Miguel de Unamuno a San Ignacio de Loyola?

Todos los vascos conocemos desde niños a San Ignacio, hemos festejado las celebraciones veraniegas, hemos simpatizado con sus andanzas y su conversión. Lástima que Unamuno se ciña demasiado al texto de Rivadeneira, buen texto sin duda, pero que resta el vivencial sentido del hombre que quisimos siempre.

1. Temperamento. Cervantes dice que El Quijote que "era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de caza". Unamuno aplica esta descripción a Iñigo de Loyola. Colérico, de temperamento ardiente y de un físico seco, magro, gran madrugador.

Iñigo venció la cólera, quedándose con el vigor y el brío que ella suele dar. Venciendo el lado negativo, se quedó con el positivo de su temperamento.

El P. Tellechea en su biografía nos dice que Rivadeneira "adivinó certeramente que bajo la 'paz y sosiego' que dominaban en el comportamiento del peregrino, se escondía un hombre 'muy cálido de complexión y colérico'".

También Unamuno elucubra con la calva de Iñigo, que proviene de su ingenio militar y deduce que, aunque Cervantes no lo diga, Don Quijote era calvo también.

2. Vida áspera y dura. Como signo de virilidad, de auténtico dominio de sí mismo, tanto El Quijote como Iñigo buscaron una vida dura, digna de los hombres fuertes. Don Quijote en la Sierra Morena e Iñigo en la cueva de Manresa.

Los dos dedicaron este tiempo a la preparación de su acción futura. Luego "arremeterán molinos, alancearán corderos, vencerán a vizcaíños, liberarán galeotes y serán por ellos apedreados".

Don Quijote no se preocupaba de "tener blanca". Para él no era necesario tener "ni dineros, ni camisas limpias". En una ocasión fueron las mozas campesinas, que habían sido bien tratadas por El Quijote, las que se preocuparon de darle algo de comer.

Iñigo, "andante a lo divino", tenía la costumbre de ayunar y hacer penitencia. Y cuando se enfermaba, esperaba el mejoramiento para volver a su asperezas. Pero al fin de su vida, descompuesta ya su salud reglamentó el cuidado de la salud como algo importante para sus seguidores.

Unamuno aprovecha esta oportunidad, para hablarnos de la adecuada preparación. Retiro y asperezas son buenas, pero hay que tener cuidado. La preparación es necesaria y sin ella no haremos nada, pero es importante saber balancearla. "Hay que segar y pulir la guadaña, obrar y prepararse para la obra. Sin vida interior, no hay exterior".

Incluso todo esto no lo entenderán los parientes y amigos, como le pasó a Jesús que lo consideraron como loco (Marcos 3,20-21) así los parientes de Don Quijote y de Iñigo les considerarán trastornados.

3. La salida de su casa. La vida familiar, tranquila y próspera no es apta para ninguno de los dos. Don Quijote salió de su casa "por la puerta falsa de un corral, sin que nadie lo viese". Ignacio salió de su casa sin hacer caso de los consejos de su hermano.

Iñigo se fue "a buscar aventuras en Cristo". Su hermano le llevó a una cámara y después a otra, nos dice Rivadeneira, y con mucha admiración le empieza a rogar que no se eche a perder". Y empleó tres argumentos: tenía un futuro asegurado, sus cualidades le habían granjeado muchas amistades y todos los que le conocían tenían muchas expectativas puestas en él.

Pero Iñigo se "descabulló" de su hermano, "organizó su equipaje, se vistió de gala sin olvidarse de la espada y el puñal y partió en su mula camino de Monserrat".

Don Quijote, sin embargo, volverá su casa y repetirá la salida dos veces más. Iñigo no volverá más. Y cuando años más tarde regresa a Azpeitia irá a hospedarse en el Hospital del pueblo con gran edificación de sus conocidos y gran escándalo de los "Loyolas".

Quince años atrás había salido de Loyola "y ganó la incierta libertad DE; esta vez era también la libertad PARA algo". Corrían los últimos días de febrero de 1522.

Ramiro de Maeztu tiene un sabroso libro titulado: "Don Quijote, Don Juan y la Celestina", los tres grandes personajes de la literatura española. En un momento compara Don Quijote con Hamlet.

En la comparación, Maeztu analiza la reacción que sentimos ante estos dos personajes. En la tragedia de Shakespeare hay un momento en que el espectador se pregunta inquieto: ¿cuándo comenzará a actuar el príncipe Hamlet? En su vacilación y duda, va retrasando más y más la venganza. *En cambio, en la lectura de El Quijote le preguntamos: ¿A dónde vas, pobre Don Quijote? El no nos escucha y se lanza a la acción. Es impaciente. Quisiéramos darle unos golpecitos en el hombro cariñosamente y decirle: Don Quijote, ¡Vuelve! ¡Vuélvete ya!*

Tanto en El Quijote como en Iñigo no nos hemos dado cuenta de la mutación interna, no hemos calibrado el cambio obrado en ellos. Y como siempre en tales circunstancias, pensamos mal: se va a echar a perder.

4. **En el nombre del Señor.** Don Quijote "prosiguió su camino sin llevar otro que aquel que su caballo quería", creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras. Y como al Quijote el espíritu religioso rezumaba en su ser y actuar, esperaba lo que "Dios tuviese bien depararle".

Y buscaba hacer el bien, enderezar entuertos que "al encuentro le salieran sin plan, sin programa". No escogía, como buen soberbio castellano, las aventuras, sino las que el azar de los caminos le deparasen.

Iñigo dejó también la aventura a la decisión de la mula, cuando en el viaje a Monserrat se despidió del moro atrevido que había ofendido a la Virgen María.

Comenta Unamuno: "el instinto de las bestias depende de la voluntad divina más directamente que nuestro libre albedrío". Por eso la obediencia de ambos fue "de la perfecta, de la que es ciega, como un báculo en mano de un viejo".

"Y Dios quiso iluminar a la cabalgadura". "Y ved cómo se debe la Compañía de Jesús a la inspiración de una caballería". Unamuno no pudo reprimir este estupendo comentario dedicado a los jesuitas que han hecho "del Iñigo de Loyola un Ignacio de Roma, del héroe vasco un santón jesuítico ¡Lástima de mula que montaba el héroe!"

Así caminaban, El Quijote e Iñigo, "con Dios adelante" como dicen en nuestros campos.

5. **La vela de armas.** Don Quijote, después de ser armado caballero en una ceremonia grotesca "púsose luego a velar las armas en el patio de la venta, a la luz de la luna y espiado por los curiosos".

Iñigo en la mañana del 21 de marzo de 1522, primero oró, como dice Tellechea, en el templo repleto de luminarios e inmediatamente buscó confesor" y en la víspera de la Anunciación "se fue a hincar de rodillas delante el altar de Nuestra Señora, y unas veces de esta manera y otras de pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche".

Alfonso X el Sabio señala en sus Partidas cuáles eran las condiciones que invalidaban todo intento de armar caballero: "non sea cavallero ome muy pobre", "non deve ser cavallero el que en una vegada oviessse recibido cavallería por escarnio" y el que "non fuese ome para ello".

Íñigo no era loco, pero veló sus armas, "sus nuevas y al parecer pobres y flacas armas, mas en hecho de verdad muy ricas y fuertes armas", anota el P. Rivadeneira. Precisamente velaba las armas de pobre, desprendido, seguidor fiel de Jesús. Y así se sintió caballero "andante de Cristo".

Dentro del mundo maravilloso de la utopía no cabe el egoísmo de la riqueza. Para lanzarnos como El Quijote a galopar por el mundo o a peregrinar como Íñigo aventuras distintas a la sociedad que estamos viviendo, la pobreza es el arma que tenemos que velar.

Hace falta una sinrazón. La razón, el cálculo racional, la medida exacta, los planes muy estructurados nunca han dado resultados en estos caminos de la humanidad quijotesca, ni en los ideales del espíritu de Íñigo.

6. El ideal. Antes de la segunda salida de Don Quijote, han ocurrido dos hechos importantes: la quemazón de los libros "peligrosos" y la conquista de Sancho como escudero.

Realmente Don Quijote tenía una extraordinaria y rebosante biblioteca de libros selectos. Muy pocas personas podían tenerla en aquella época.

Entonces y ahora, siempre hay personas dispuestas a quemar libros, a destruir la cultura, a romper con todo aquello que ellos no saben apreciar.

Los libros nos aprovechan mucho, nos ilustran, nos enseñan, nos abren horizontes insospechados. También, los libros nos dañan, o nos enloquecen, nos alienan. Los libros nos ayudan para cambiar de ideas, para convertirnos, como a Íñigo, para impulsarnos al bien.

Don Quijote conquistó a Sancho, "hombre de bien, pero de muy poca sal en la mollera", nos dice Cervantes. A lo que replica Unamuno: "Gratuita afirmación desmentida luego por el relato de sus donaires y agudezas".

Sancho es el complemento necesario de El Quijote. No tanto, nos dice Martín Riquer, como pretexto de contraponer el idealismo al materialismo, sino para dar margen al diálogo. Unamuno comenta:

Necesítábalo para hablar, esto es, para pensar en voz alta sin rebozo, para oírse a sí mismo y para oír el rechazo vivo de su voz en el mundo. Sancho fue su coro, la humanidad toda para él. Y en cabeza de Sancho ama a la humanidad toda.

Bonita comparación con el coro del teatro griego, voz del pueblo espectador y protagonista, que hoy nuestra democracia ha hecho callar para nuestro mal.

Iñigo, el peregrino, tampoco sabrá rodar por el mundo sin compañía. En Barcelona, Alcalá, Salamanca y más tarde en París tendrá el poder de convocar otros compañeros y acabará formando el grupo que con los mismos ideales se asoman a Italia pensando en ser pobres como Jesús en el mismo País que él vivió.

Sin embargo entre El Quijote y Sancho hay una diferencia esencial". "A Sancho le sacó de su casa la codicia, así como la ambición de gloria a Don Quijote. Los dos resortes que juntos en uno han sacado de sus casas a los españoles."

"¿Y quién se esquivaba de la codicia y quién de la ambición?". Temíalas Iñigo de Loyola, y tanto las temía que cuando don Fernando de Austria, rey de Hungría, nombró al P. Claudio Jayo obispo de Trieste y lo aprobó el Papa, acudió a éste Iñigo para estorbarlo, pues no quería que sus hijos espirituales "deslumbrados y ciegos con el engañoso y aparente esplendor de las mitras y dignidades, viniesen a la Compañía no por huir de la vanidad del mundo, sino por buscar en ella al mismo mundo".

Y Unamuno aprovecha la oportunidad para plantearnos y cuestionar esta determinación ignaciana. Y lo hace con argumentos del P. Alonso Rodríguez, para demostrar que él sabe cuáles son los libros de formación de los hijos de Iñigo. "¿No puede envolver esta actitud más refinada soberbia que el aceptar las dignidades y prelacías y aún que el buscarlos acaso?" El P. Rodríguez nos dice: "¿qué mayor engaño que buscar por medio de la humildad ser honrados y estimados de los hombres?, y ¿qué mayor soberbia que pretender ser tenido por humilde?".

Y añade Unamuno que la soberbia jesuítica se muestra hasta en "pretender que se salva todo el que muere dentro de la Compañía, y de los que no entraron en ella no se salvan todos".

Y concluye.

La soberbia, la refinada soberbia, es la de abstenerse de obrar por no exponerse a la crítica. El acto más grande de humildad es el de un Dios que crea un mundo que no añade un adarme a su gloria, y luego un linaje humano para que se lo critique./ Don Quijote se lanzó a obrar y se expuso a que los hombres se burlasen de su obra y fue una de los más puros dechados de verdadera humildad.

Unamuno ciertamente no entendió el pensamiento de Ignacio y la resolución de la renuncia al episcopado. *Creo que Ignacio, por otra parte, nunca dejó de obrar por miedo a que lo criticasen. Pero es Unamuno el que habla, él admira a Iñigo, pero no a los jesuitas.*

7. Frente a otro vasco. Don Quijote se encuentra con un vizcaíno que hablaba "en mala lengua castellana y peor vizcaína". Este encuentro hace brotar en Don Miguel todo el sentimiento vasco y evoca su tierra, sus familiares, su infancia. Y señala que el vasco pelea con Don Quijote "porque le regateó lo de ser caballero".

Y en este recuerdo está presente "una vez más aquel otro caballero andante, vasco, y de Azpeitia también, Iñigo Yañez de Oñaz y Sáez de Balda, del solar de Loyola, fundador de la Milicia de Cristo". Unamuno desvaría en los nombres propios tanto de Iñigo como de la obra fundamental de Iñigo, la Compañía de Jesús.

Pero la admiración de Iñigo le hace preguntarse: "¿No culmina en él nuestra casta toda? ¿No es nuestro héroe? ¿No lo hemos de reclamar los vascos por nuestro? Sí, nuestro, muy nuestro, muy más nuestro que de los jesuitas".

Al correr de estas últimas décadas, la posición de Iñigo como culmen de nuestra raza se ha corrido del centro por su "colaboración" con la corona de España. Pero sin duda Iñigo es el vasco universal.

8. "Las cosas de otro mundo". Así las llama El Quijote. Hay todo un capítulo de la primera parte dedicado a estas cosas de encantamiento. El que se mete en el hondón de la sabiduría descubre, sin duda, que hay un trasfondo más allá de lo que llamamos "real", "objetivo". Unos dirán que son cosas de encantamiento, fantasmas, gigantes descomunales. Otros nos hablarán del realismo mágico y en las novelas de la década de 70 nos presentan una realidad latinoamericana que va más allá que los datos, fechas, nombres, acontecimientos históricos. Y por ir más allá, son más reales que el realismo trasnochado de los 30.

Otros, como Iñigo, descubrirá ese otro mundo, donde ya lo nuestro no tiene vigencia, donde nosotros no tenemos el control, porque el juicio y la razón no son la luz adecuada en este terreno, ni la ayuda del sentimiento nos sirve de nada. Todo lo humano queda como agarrotado y se vuelve inútil. Es el campo de la divinidad, donde nosotros somos simples invitados, pero es un "mundo" muy real, más real que el ver las cosas y las personas desde este único ángulo donde yo estoy parado en este atardecer bochornoso.

Iñigo traspasó esta frontera y tuvo certezas que no las proporciona ninguna ciencia humana.

Don Quijote descubrió ese mundo maravilloso con sus bálsamos de Fierabrás. Iñigo descubrió simplemente a Dios, en el Dios hecho hombre y pobre: Jesús.

Sin ese descubrimiento del más allá, nunca hubiera Quijotes que galoparan con la ilusión de lo mejor. Ni nunca tampoco habría santos desprendidos de sí mismos en busca y en ayuda de los más pobres.

9. **La mayor gloria.** Ya he dicho anteriormente que entre Sancho y Don Quijote hay una diferencia esencial. Sancho salió de su casa por la codicia de riqueza y Don Quijote por la ambición de gloria.

Unamuno pregunta: En tus actos heroicos ¿qué buscas? ¿Enderezar entuetos por amor a la justicia, o cobrar eterno hombre y fama de enderezarlos?"

De verdad, ¿qué es lo que mueve nuestro obrar, aquello que es motor de nuestras acciones, por lo que nosotros luchamos? Quizá lo tenemos muy oculto en el corazón.

Buscas la justicia o buscas la fama, pregunta Unamuno. Excusas para ocultar el egoísmo que llevamos, las tendremos siempre. Organizar *encuentros multitudinarios, hacer actos llamativos, convocar mucha gente, ¿qué nos proporciona? ¿Qué buscamos? Sobre todo sabiendo que al buscar la gloria celestial, se conquista también, por añadidura, la terrena. Así nuestra gloria no se acaba en este mundo pasajero.*

Buen razonamiento de Unamuno para sacar el motivo verdadero "La carrera más provechosa y lucrativa es la de santo, en efecto", exclama Unamuno.

Ojalá que el objetivo esté fuera de nosotros, con la intención puesta en hacer el bien a los demás, sin egoísmo. Así fue Iñigo. Al principio buscaba con afán la gloria de este mundo; más tarde buscó la gloria divina, pero en el fondo buscaba la gloria suya, pasar a la historia como Francisco de Asís y Domingo de Guzmán. Al fin sintetizó su ideal en LA MAYOR GLORIA DE DIOS (AMDG). Esto en nuestro lenguaje actual tiene una traducción: "El servicio de la fe y la promoción de la justicia".

Junto a esto, hay en Unamuno algo que siempre le inquieta, y es el ansia de inmortalidad:

¿Qué te arrastró, Don Quijote mío, a tu locura y fama y a tu ansia de sobrevivir con gloria en los recuerdos de los hombres, sino tu ansia de no morir, tu anhelo de inmortalidad, esa herencia que heredamos de nuestros padres, que "tenemos un apetito de divinidad y una locura y un frenesí de querer ser más de lo que somos?", para servirme de palabras del padre Alonso Rodríguez, tu contemporáneo.

10. Fe en sí mismo y en Dios. Otro tema unamunescos:

Hay que admirar cómo unían y juntaban en uno Don Quijote su fe en Dios y su fe en sí mismo al decir... Y es que no hay fe en sí mismo como la del servidor de Dios, pues éste ve a Dios en sí.

Realmente para salir Don Quijote, conquistar a Sancho y cabalgar por Castilla, hace falta hombres de fe "increíble" (valga la redundancia) en sí mismos y en Dios, el que domina ese otro mundo real que nosotros no controlamos y del que hemos hablado ya. Unamuno era de esos hombres que peregrinó con espíritu. Unamuno recuerda el consejo que Iñigo les dio a los PP Laínez y Salmerón en un momento difícil. Ellos le habían pedido que dijera una Misa a sus intenciones, e Ignacio les respondió: "Ya hice lo que me pedisteis; tened buen ánimo y no os dé pena este negocio, que bien lo podéis tener por acabado como deseáis. Y así fue".

Hay situaciones en que queremos agarrarnos a una tabla de salvación, pero la confianza en Dios nos hace botar la tabla y flotar simplemente "en el Océano que es Dios". Hablaba Unamuno de estas cosas a un amigo pero en un momento "se me escapó lleno de miedo en sí mismo".

El miedoso es que huye siempre de los problemas.

¿Cuál es la razón de esta seguridad en nosotros? Hay mucha gente que nos quiere y nos apoya, pero quieren que seamos "como ellos quieren para quererme". Y Unamuno se pregunta: ¿Quién me quiere como soy? Tú, Tú sólo, Dios mío, que queriéndome me creas de continuo, pues es mi existencia misma obra de tu eterno amor".

Iñigo fue aprendiendo a respetar a los demás, a amarles como ellos eran: Xavier, Fabro... Al final incluso soportó las malacrianzas de Pedro Rivadeneira, que nadie soportaba.

11. Resumiendo. Hay otras muchas cosas que podríamos comentar. Las dificultades que ambos personajes tuvieron: La reprimenda que le dio a Don Quijote "aquel grave eclesiástico destos que gobiernan las casas de los príncipes" y la estupenda réplica de Don Quijote. Y la

reprimenda de el vicario de Salamanca a Iñigo. Son como dos denuncias paralelas: Don Quijote se presenta como caballero sin ser elegido como tal, Iñigo se lanza a predicar sin ser letrado. Los requisitos, las condiciones, los trámites, las formalidades son controles que cierran el camino abierto, libre y espontáneo de hacer el bien "sin mirar a quién". Siempre hay gente que quiere controlar al mismo Dios. Siempre hay ralea que quiere ser exclusivos elegidos del pueblo de Dios.

En los dos hay el mismo sentido de protesta ante la injusticia, el mismo concepto de paz, sin miedo a que se encienda la guerra cuando haga falta. Paz sí, "pero sobre el triunfo de la sinceridad, sobre la derrota de la mentira". Paz de Cristo, pero del Jesús que dijo que él "no venía a traer la paz, sino la guerra". Y

por El, por el Cristo, para establecer su reinado social de Jesús -que es todo lo contrario de lo que los jesuitas llaman el reinado social de Jesucristo-, el reinado de la sinceridad y de la verdad y del amor y de la paz verdaderos; para establecer el reinado de Jesús tiene que haber guerra.

Y Don Quijote ejerció los menesteres impropios de su cargo "ahenchó cebada y limpió el pesebre". E Iñigo después de recibir el cargo de Prepósito general de la Compañía, "se entró en la cocina y en ella por muchos días sirvió de cocinero e hizo otros oficios bajos de la casa". Aunque Unamuno interpreta equivocadamente esta actitud de Ignacio.

Y los dos se fueron muriendo, adelgazando de bondad, Alonso Quijato el Bueno, con la sencillez de quien entrega su alma al creador sin ninguna tramoya heroica.

Solo, sin teatro, sin lágrimas, ni compañeros a su alrededor, sin nombrar Vicario, sin cerrar definitivamente las Constituciones, sin echar bendiciones, dar consejos de última hora, sin transportes ni milagros, sin sacramentos ni bendiciones papales, sin ritual de recomendación del alma. Murió 'al modo común', como apunta consternado un testigo. (Tellechea)

Cervantes fue forzado a hacer morir al Quijote. En su primera parte lo dejó vigoroso, pero le llevaron por caminos extraños en una segunda parte de Avellaneda. Cervantes retomó al Quijote y lo hizo morir dulcemente, pensando que "su bondad hace parte de Dios, del Dios que es Dios no de muertos sino de vivos".

"¡Y si es la vida sueño, déjame soñarla inacabable!"

Quiero acabar con una afirmación de Unamuno que sintetiza a las dos figuras, Don Quijote e Iñigo de Loyola: "Sólo los que dudan creen de verdad, y los que no dudan, ni sienten tentaciones contra su fe, no creen en verdad".

BIBLIOGRAFIA

Cervantes Saavedra, Miguel de, **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Austral No. 33, 1981.

Rivadeneira, Pedro de, **Vida de Ignacio de Loyola**, Madrid, Espasa-Calpe, Colección Austral No. 634, 1947.

Y otras dos obras más:

(Siempre hay que ir a las fuentes, abrir las páginas tan íntimas y deslumbrantes)

Loyola, Ignacio, **Obras completas**. Madrid, B.A.C., No. 86, 1977.

Tellechea Idígoras, J. Ignacio, **Ignacio de Loyola solo y a pie**, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987.

(Este libro ha sido el que más me ha entusiasmado y ayudado en el año ignaciano que acabamos de celebrar)